

Meditando con San Alfonso

Medios de prepararse a la muerte

Todos confesamos que hemos de morir, que sólo una vez hemos de morir, y que no hay cosa más importante que ésta, porque del trance de la muerte dependen la eterna bienaventuranza o la eterna desdicha.

Todos sabemos también que de vivir bien o mal procede el tener buena o mala muerte. ¿Por qué acaece, pues, que la mayor parte de los cristianos viven como si nunca hubiesen de morir, o como si el morir bien o mal importase poco? Se vive mal porque no se piensa en la muerte: «*Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás*» (Ecl. 7 40).

1º Hay que prepararse a la muerte antes de que llegue.

Preciso es convencernos de que la hora de la muerte no es propia para arreglar cuentas y asegurar con ellas el gran negocio de la salvación.

Todos temen la muerte repentina, que impide ordenar las cuentas del alma. Todos confiesan que los Santos fueron verdaderos sabios, porque supieron prepararse a morir antes de que llegase la muerte... Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Queremos correr el peligro de no disponernos a bien morir hasta que la muerte se avencine? Hagamos ahora lo que en ese trance quisiéramos haber hecho...

Los prudentes del mundo toman oportunamente en los asuntos temporales todas las precauciones necesarias para obtener la ganancia, el cargo, el matrimonio convenientes, y con el fin de conservar o restablecer la salud del cuerpo, no desdeñan usar de los remedios adecuados.

¿Qué se diría del que, teniendo que presentarse en público concurso para ganar una cátedra, no quisiese adquirir la indispensable instrucción hasta el momento de acudir a los ejercicios? ¿No sería un loco el jefe de una plaza que aguardase a verla sitiada para abastecerse de vituallas, armas y municiones? ¿No sería insensato el navegante que esperase la tempestad para aprovisionarse de áncoras y cables?... Pues tal es el cristiano que difiere hasta la hora de la muerte el arreglo de su conciencia. «Cuando se echare encima la destrucción como una tempestad..., entonces me llamarán, y no iré...; comerán los frutos de su camino» (Prov. 1 27, 28 y 31).

Necias llamó el Señor –y lo eran en verdad– a las vírgenes que iban a preparar las lámparas cuando ya llegaba el Esposo (Mt. 25 2-12); porque la hora de la muerte es tiempo de confusión y de tormenta. Entonces los pecadores pedirán el auxilio de Dios, pero sin conversión verdadera, tan sólo por el temor del infierno, que ya verán cercano, y por eso justamente no podrán gustar otros frutos que los de su mala vida. *«Lo que el hombre sembrare, eso mismo cosechará»* (Gal. 6 8).

No bastará entonces recibir los sacramentos, sino que será preciso morir aborreciendo el pecado y amando a Dios sobre todas las cosas. Mas ¿cómo podrá aborrecer los placeres ilícitos quien hasta entonces los haya amado?... ¿Cómo habrá de amar a Dios sobre todas las cosas el que hasta aquel instante hubiere amado a las criaturas más que a Dios?

¡Oh, qué tormento traerá la memoria del tiempo perdido, y, sobre todo, del tiempo mal empleado!... Tiempo de merecer que Dios nos concedió, y que pasó para no volver nunca más. ¡Qué angustias nos dará el pensamiento de que ya no es posible hacer penitencia, ni frecuentar los sacramentos, ni oír la palabra de Dios, ni visitar en el templo a Jesús Sacramentado, ni hacer oración! Lo hecho, hecho está. Menester sería tener un juicio sanísimo, quietud y serenidad para confesar bien, disipar graves escrúpulos y tranquilizar la conciencia... ¡pero *«ya no será tiempo»!* (Apoc. 10 6).

2º Debemos prepararnos a la muerte con una confesión general y por una santa vida.

Puesto que es seguro, hermano mío, que has de morir, póstrate en seguida a los pies del Crucifijo; dale fervientes gracias por el tiempo que su misericordia te concede a fin de que arregles tu conciencia, y luego examina todos los pecados de la vida pasada, especialmente los de tu juventud.

Considera los mandamientos divinos; recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que frecuentaste; anota tus faltas y haz –si no lo has hecho– una confesión general de toda tu vida... ¡Oh, cuánto ayuda la confesión general para poner en buen orden la vida de un cristiano! Piensa que esa cuenta sirve para la eternidad, y hazla como si estuvieras a punto de darla ante Jesucristo Juez.

Arroja de tu corazón todo afecto al mal y todo rencor u odio. Quita cualquier motivo de escrúpulo acerca de los bienes ajenos, de la fama hurtada, de los escándalos dados, y resuelve firmemente huir de todas las ocasiones en que pudieras perder a Dios. Y considera que lo que ahora parece difícil, imposible te parecerá en el momento de la muerte.

Lo que más importa es que resuelvas poner por obra los medios de conservar la gracia de Dios. Esos medios son, en cuanto estén a tu alcance:

1º Oír Misa diariamente.

2º Meditar en las verdades eternas.

3º *Frecuentar la comunión una vez por semana, y la confesión por lo menos cada quince días.*

4º *Visitar todos los días al Santísimo Sacramento y a la Virgen María.*

5º *Asistir a los ejercicios de las Congregaciones o Hermandades a que pertenezcas.*

6º *Tener lectura espiritual.*

7º *Hacer todas las noches examen de conciencia.*

8º *Practicar alguna especial devoción en honor de la Virgen, como ayunar todos los sábados.*

9º *Y, además, proponer encomendarte con suma frecuencia a Dios y a su Madre Santísima, invocando a menudo los sagrados nombres de Jesús y María, sobre todo en tiempo de tentación.*

Tales son los medios con que podemos alcanzar una buena muerte y la eterna salvación. Gran señal será de nuestra predestinación el hacer esto.

Y en cuanto a lo pasado, confía en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que te da estas luces porque quiere salvarte, y espera en la intercesión de María, que te alcanzará las gracias necesarias. Con tal orden de vida y la esperanza puesta en Jesús y en la Virgen, ¡cuánto nos ayuda Dios y qué fuerza adquiere el alma!

Pronto, pues, lector mío, entrégate del todo a Dios, que te llama, y empieza a gozar de esa paz que hasta ahora, por culpa tuya, no tuviste. Y ¿qué mayor paz puede disfrutar el alma si, cuando busca cada noche el preciso descanso, le es dado decir: «*Aunque viniese esta noche la muerte, espero morir en gracia de Dios*»? ¡Qué consuelo si, al oír el fragor del trueno, al sentir temblar la tierra, podemos esperar resignados la muerte, si Dios así lo dispusiese!

3º Hemos de vivir como si cada momento fuese el último de nuestra vida.

Es preciso que procuremos hallarnos a todas horas como quisiéramos estar a la hora de la muerte. «*Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor*» (Apoc. 14 15).

Dice San Ambrosio que «*los que mueren bien son los que, al morir, están ya muertos al mundo, esto es, desprendidos de los bienes que por fuerza deberán dejar entonces*». Por eso es necesario que desde ahora aceptemos el abandono de nuestra hacienda, la separación de nuestros deudos y de todos los bienes terrenales. Si no lo hacemos así voluntariamente en la vida, forzosa y necesariamente lo haremos al morir, pero entonces no será sin gran dolor y grave peligro de nuestra salvación eterna.

Además, San Agustín nos advierte que ayuda mucho para morir tranquilo arreglar en vida los intereses temporales, haciendo las disposiciones relativas a los bienes que hemos de dejar, a fin de que en la hora postrera sólo pensemos en unirnos a Dios. Convendrá entonces no ocuparse sino en las cosas de Dios y de

la gloria, pues son demasiado preciosos los últimos momentos de la vida para disiparlos en asuntos terrenos.

En el trance de la muerte se completa y perfecciona la corona de los justos, porque entonces se obtiene la mejor cosecha de méritos, abrazando los dolores y la misma muerte con resignación o amor. Mas no podrá tener al morir estos buenos sentimientos quien en vida no se hubiere ejercitado en ellos.

Para este fin, algunos fieles, después de haber confesado y comulgado, practican con gran provecho la devoción de renovar cada mes el ejercicio de la buena muerte, con todos los actos propios de un cristiano en tal trance, e imaginando que se hallan moribundos y a punto de salir de esta vida.

Lo que viviendo no se hace, difícil es hacerlo al morir. La gran sierva de Dios Sor Catalina de San Alberto, hija de Santa Teresa, suspiraba en la hora de la muerte, y exclamaba: «No suspiro, hermanas mías, por temor de la muerte, que desde hace veinticinco años la estoy esperando; suspiro al ver a tantos engañados pecadores, que esperan para reconciliarse con Dios a que llegue esta hora de la muerte, en que apenas puedo pronunciar el nombre de Jesús».

Examina, pues, hermano mío, si tu corazón tiene apego todavía a alguna cosa de la tierra, a determinadas personas, honras, hacienda, casa, conversación o diversiones, y considera que no has de vivir aquí eternamente. Algún día, tal vez muy pronto, lo dejarás todo. ¿Por qué, pues, quieres tener tu afecto puesto en esas cosas, aceptando el riesgo de tener una muerte sin paz?... Ofrécete ya desde ahora enteramente a Dios, que puede, cuando le plazca, privarte de esos bienes. Quien desee morir desprendido ha de tener desde ahora resignación en cuantas adversidades puedan acaecerle, y ha de apartar de sí los afectos a las cosas del mundo. «*Figuraos que vais a morir* –decía San Jerónimo–, *y fácilmente lo despreciaréis todo*».

El que espera la muerte a todas horas, aun cuando muera de repente, no dejará de morir bien. Por eso, imagínate que estás moribundo, tendido en el lecho, y que oyes aquellas imperiosas palabras: «*Sal de este mundo*».

Si aún no has hecho elección de estado, elige el que en la hora de la muerte querrías haber escogido, el que pudiera procurarte un tránsito más dichoso a la eternidad. Si ya lo has elegido, haz en tu estado lo que quisieras haber hecho al morir. Procede como si cada día fuese el último de tu vida, y cada acción la postrera que tuvieras que hacer: la última oración, la última confesión, la última comunión. «*Bienaventurado el siervo a quien hallare su Señor haciendo así cuando viniere*» (Mt. 24 46).

¡Cuánto pueden ayudar estos pensamientos para dirigirnos bien y menospreciar las cosas mundanas!